

los señores Julliard, antiguos dueños del *Gusano chino*, con sus hijos y nietos; después á la familia de los Guepin, ó mejor dicho, al *clan* de los Guepin, cuyos nietos tenían aún *Las tres ruecas*, y, finalmente, á la señora Guenée, que les había vendido la *Hermana de familia*, y cuyos tres hijos estaban casados en Provins. Estas tres grandes razas, la de los Julliard, los Guepin y los Guenée, se extendían por la villa como la grama sobre una pradera. El alcalde, señor Garceland, era yerno del señor Guepin. El cura, señor Peroux, era hermano de la señora Julliard, y el presidente del tribunal, señor Tiphaine, era también hermano de la señora Guenée, que se firmaba siempre Tiphaine. La reina de la villa era la hermosa señora Tiphaine la joven, hija única de la señora Roguin, rica viuda de un antiguo notario de París, de quien no se hablaba nunca. Delicada, bonita é inteligente, casada expresamente en provincias por su madre, que no la quería á su lado y que la había sacado del colegio algunos días antes de su matrimonio, Melania Roguin se consideraba en Provins como en un destierro y se conducía en él admirablemente. Como estaba ricamente dotada, tenía aún hermosas esperanzas. Respecto al señor Tiphaine, sépase que su anciano padre había hecho á su hija mayor, la señora Guenée, tales anticipos sobre su herencia, que una tierra de ocho mil francos de renta, situada á cinco leguas de Provins, tenía que llegar á ser propiedad del presidente; de modo que los Tiphaine, casados con veinte mil francos de renta, sin contar el sueldo ni la casa del presidente, tenían que llegar á reunir algún día otra renta de veinte mil francos más. Según se decía, no eran desgraciados. El grande, el único afán de la hermosa señora Tiphaine consistía en hacer que nombrasen diputado á su marido. El diputado llegaría á ser juez en París, y ella se prometía hacerle llegar en breve al tribunal supremo. Por eso esta señora halagaba todos los amores propios y se esforzaba por agradar; y, cosa rara y difícil, lo conseguía. Dos veces por semana recibía á toda la sociedad de Provins en su hermosa casa de la villa alta. Esta joven de veintidós años no había dado aún un mal

paso en el resbaladizo terreno en que se había colocado: satisfacía todos los amores propios, acariciaba todos las pretensiones, y grave con las personas graves, joven con las jóvenes, esencialmente madre con las madres, alegre, dispuesta siempre á servirles y amable con todos, era, en fin, aquella señora una perla, un tesoro, el orgullo de Provins. Ella no había dicho aún una palabra; pero todos los electores de Provins esperaban que su querido presidente tuviese la edad requerida para nombrarle diputado. Cada uno, según su mayor ó menor perspicacia, hacía de él su hombre, su protector, y se decía:

—¡Ah! el señor Tiphaine logrará sus deseos, será ministro de Justicia y se ocupará de Provins.

He aquí por qué medios había logrado reinar en la villa de Provins la feliz señora Tiphaine. La señora Guenée, hermana del señor Tiphaine, después de haber casado á su primera hija con el señor Lesourd, procurador del rey, á la segunda con el señor Martener, médico, y á la tercera con el señor Auffray, notario, se había casado en segundas nupcias con el señor Galardón, recaudador de contribuciones. Las señoras Lesourd, Martener, Auffray, y su madre, la señora Galardón, vieron en el presidente al hombre más rico y de más talento de la familia. El procurador del rey, sobrino por afinidad del señor Tiphaine, tenía gran interés en empujar á su tío á París para llegar á ser él presidente en Provins. Así que, estas cuatro señoras (la señora Galardón adoraba á su hermano) formaron una corte á la señora Tiphaine, cuyos consejos y opiniones seguían en todo. El señor Julliard hijo, que se había casado con la hija única de un rico cortijero, se enamoró de una manera loca, súbita, secreta y desinteresada de la presidenta, de aquel ángel bajado de los cielos parisienses. La astuta Melania, incapaz de liarse con un Julliard, pero muy capaz de mantenerle en el estado de Amadis y de explotar su estupidez, le aconsejó que fundase un periódico, al que sirvió ella de Egeria. Hacía, pues, dos años que Julliard, impulsado por su pasión romántica, había tomado á su cargo la publicación de una hoja pú-

blica para Provins. El periódico, titulado LA COLMENA *diario de Provins*, contenía artículos literarios, médicos y arqueológicos hechos en familia. Los anuncios de la comarca pagaban los gastos, y los abonados, en número de doscientos, constituían los beneficios. En dicho periódico aparecían estrofas melancólicas, incomprensibles en Brie, y dirigidas ¡¡¡A ELLA!!! con estos tres signos de admiración. De esta suerte, el joven matrimonio Julliard, que cantaba los méritos de la señora Tiphaine, había unido el clan de los Julliard al de los Guenéé, y desde entonces el salón del presidente se había convertido, como es natural en el primero de la villa; pues la poca aristocracia que existe en Provins forma un solo salón en la villa alta, en casa de la anciana condesa de Breautey.

Durante los seis primeros meses de su trasplantación, favorecidos por sus antiguas relaciones con los Julliard, los Guepin y los Guenéé, y mediante el apoyo de su pariente el notario Auffray, sobrino segundo de su abuelo, los Rogrón fueron recibidos primero por la señora Julliard madre y por la señora Galardón, llegando después, con bastante dificultad, al salón de la hermosa señora Tiphaine. Todo el mundo quiso estudiar á los Rogrón antes de admitirlos. Era difícil dejar de acoger sin motivo á unos comerciantes de la calle de Saint-Denis, nacidos en Provins, y que volvían á su tierra á comerse sus rentas. Sin embargo, el objeto de toda sociedad será siempre amalgamar gentes de fortuna, de educación, de conocimientos, de costumbres y de caracteres semejantes. Ahora bien, los Guepin, los Guenéé y los Julliard eran personas de más alto rango y de más antiguo señorío que los Rogrón, hijos de un posadero usurero cuya conducta privada en el asunto relativo á la herencia Auffray había sido objeto antaño de severas críticas. El notario Auffray, yerno de la señora Galardón, hermana del presidente Tiphaine, sabía á qué atenerse respecto á aquel punto, toda vez que aquella testamentaria había corrido á cargo de su predecesor. Estos antiguos negociantes, que habían abandonado el comercio hacía ya doce años, se habían puesto al nivel

de la instrucción, del saber vivir y de los modales de aquella sociedad, á la que la señora Tiphaine imprimía un cierto sello de elegancia y un especial barniz parisiense. Todo en ella era homogéneo y todos se comprendían, sabiendo cada cual á qué atenerse y lo que hablar para ser agradable á los demás. El trato frecuente contribuyó á que cada uno conociera el carácter de todos los demás y á que se hubiesen acostumbrado unos á otros. Una vez recibidos en casa del señor Garceland, el alcalde, los Rogrón pudieron alabarse de estar en las mejores relaciones con la mejor sociedad de la villa. Silvia aprendió entonces á jugar al *bostón*. Rogrón, incapaz de jugar á ningún juego, daba vueltas á los pulgares y se tragaba las frases una vez que había hablado de su casa; pero sus frases eran como una medicina y parecía que le atormentaban mucho, porque el pobre hombre se levantaba á veces, simulaba querer hablar, y, como se sintiese cortado, se volvía á sentar y hacía cómicas convulsiones con los labios. Silvia mostró sencillamente su carácter en el juego. Quisquillosa, gruñendo siempre cuando perdía y mostrando una insolente alegría cuando ganaba, pleitista y tacaña, acabó por impacientar á sus adversarios y á sus compañeros y por convertirse en el azote de aquella sociedad. Devorados por una envidia necia y franca, Rogrón y su hermana pretendieron desempeñar un papel importante en una villa apresada por la red de espesas mallas que formaban doce familias y en la que todos los intereses y todos los amores propios formaban una especie de estrado sobre el que había que andar con cuidado para no tropezar ó resbalar. Suponiendo que la restauración de su casa costase treinta mil francos, el hermano y la hermana reunían diez mil de renta, y, creyéndose riquísimos, abrumaron á aquella sociedad con su futuro lujo, permitiendo así que todo el mundo midiese su pequeñez, su crasa ignorancia y su estúpida envidia. La noche en que fueron presentados á la hermosa Tiphaine, que los había observado ya en casa de la señora Galardon y en la de la señora Julliard madre, la reina de la villa dijo confiden-

cialmente á Julliard hijo, que se había quedado algunos instantes, después que todo el mundo hubo marchado, en conferencia secreta con ella y el presidente:

—¿Conque están ustedes satisfechos de esos Rogrón?

—¡Yo!—dijo el Amadis de Provins;—aburren á mi madre, abruman á mi mujer; y cuando la señorita Silvia entró de aprendiz hace treinta años en casa de mi padre, éste no podía ya soportarla.

—Pues yo tengo grandes deseos de hacer comprender á todo el mundo que mi salón no es una posada—dijo la hermosa presidenta poniendo su piececito sobre la barra del cenicero.

Julliard levantó los ojos al techo como para decir: «¡Dios mío! ¡cuánto talento! ¡cuánta finura!»

—Yo quiero que mi sociedad sea escogida; y, si admitiese á los Rogrón, ciertamente que no lo sería.

—Son gentes que carecen de corazón, de talento y de modales—dijo el presidente.—Cuando, después de haber vendido hilo durante veinte años, como ha hecho mi hermana, por ejemplo...

—Amigo mío, tu hermana no haría mal papel en ningún salón...—dijo entre paréntesis la señora Tiphaine.

—Se comete la torpeza de seguir siendo mercero—continuó el presidente,—no procura uno ennoblecerse y se sigue mostrando su origen á cada paso, como han hecho esta noche los Rogrón, vale más que se quede uno en su casa.

—Son unos fatuos—dijo Julliard.—No parece sino que no haya más casa que la suya en Provins y que quieran achicarnos á todos, cuando, después de todo, apenas si tienen para vivir.

—Si no fuese más que el hermano—dijo la señora Tiphaine,—menos mal, porque no molesta, y dándole un rompecabezas chino, permanecería en un rincón tranquilamente toda la noche, y necesitaría un invierno entero para encontrar una combinación. Pero ¿la señorita Silvia? ¡qué voz de hiena ronca! ¡qué patas de cangrejo! Por supuesto, no diga usted nada de esto, ¿eh, Julliard?

Cuandó Julliard se despidió, la mujercita le dijo á su marido:

—Amigo mío, bastantes indígenas me veo obligada ya á recibir; con estos dos más causaríais mi muerte, y, si tú lo permites, nos veremos obligados á cerrar nuestro salón.

—Tú eres dueña de tu casa y puedes hacer lo que quieras; pero nos crearemos enemigos, y los Rogrón se irían á la oposición, que carece hasta ahora de consistencia en Provins. Veo que ese Rogrón frecuenta ya al barón Gouraud y al abogado Vinet.

—¿Qué te importa?—dijo sonriéndose Melania—¡si te harán un favor! Donde no hay lucha, no hay triunfos. Una conspiración liberal, una asociación ilegal, una lucha cualquiera, te darían á conocer.

El presidente miró á su joven esposa con una especie de tímida admiración.

Al día siguiente todo el mundo se dijo al oído en casa de la señora Garceland que los Rogrón no habían tenido buena acogida en casa de los señores Tiphaine, cuya frase relativa á que su casa no era una posada fué muy celebrada. La señora Tiphaine tardó un mes en devolver su visita á la señorita Silvia. Esta insolencia es muy notada en provincias. Silvia tuvo en el *boston*, en casa de la señora Tiphaine, una escena desagradable con la respetable señora Julliard madre, con motivo de una insignificante cantidad que su antigua ama le hizo perder, según decía ella, de intento. Silvia, que gustaba de hacer bromas pesadas á los otros, no concebía que obrasen con ella de igual modo. La señora Tiphaine empezó por dar ejemplo y por formar partidas de juego antes de la llegada de los Rogrón; de suerte que Silvia quedó reducida á errar de mesa en mesa viendo jugar á los demás, que la contemplaban con aire burlón. En casa de la señora Juillard madre se pusieron á jugar al *whist*, juego que Silvia no sabía. La solterona acabó por comprender el destierro á que la reducían, y, como no adivinase su causa, se creyó objeto de la envidia de toda aquella gente. Los Rogrón no tardaron en dejar de ser solicitados por todo el mundo; pero persistieron,

sin embargo, en pasar las veladas fuera de casa. La gente instruida se burló de ellos con gran disimulo, haciéndoles decir grandes sandeces acerca de los óvalos de su casa y de una cierta bodega de licores que no tenía igual en Provins. Entretanto, la casa de los Rogrón quedó terminada, y, como es natural, éstos dieron en ella algunas suntuosas comidas, tanto para pagar las atenciones recibidas, como para exhibir su lujo. Los invitados acudieron solamente por curiosidad. La primera comida fué ofrecida á los principales personajes: á los señores Tiphaine, sin embargo de que los Rogrón no habían comido ni una sola vez en casa de éstos; á los señores Julliard, padre é hijo, madre y nuera; al señor Lesourd, al señor cura y á los señores Galardón. Fué aquella una de esas comidas de provincia que duran desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche. La señora Tiphaine, que era la que imponía en Provins las grandes costumbres de París, donde las gentes distinguidas dejan el salón después de tomado el café, tenía reunión en su casa y quiso evadirse; pero los Rogrón siguieron al matrimonio hasta la calle, y cuando volvieron estupefactos de no haber podido, retener al presidente y á la presidenta, los demás convidados les explicaron el buen gusto de la señora Tiphaine, á la cual imitaron con una celeridad cruel en provincias.

—No verán nuestro salón iluminado, siendo como es la luz lo mejor que tiene—dijo Silvia.

Los Rogrón habían querido preparar una sorpresa á sus invitados. Nadie había sido admitido á ver aquella casa que se había hecho célebre; de suerte que todos los concurrentes al salón de la señora Tiphaine esperaban con impaciencia su opinión acerca de las maravillas del palacio Rogrón.

—Vamos—le dijo con impaciencia la diminuta señora Martener,—ya habrá visto usted el Louvre; cuéntenos lo que le ha parecido.

—No vale nada; la casa es como la comida.

—Diga usted, diga usted.

—Pues bien, esa puerta de dos hojas cuyo hermoso

dintel hemos admirado tantas veces—dijo la señora Tiphaine—da entrada á un largo corredor que divide bastante desigualmente la casa, puesto que á la derecha no hay más que una ventana que da á la calle, mientras que hay dos á la izquierda. Por la parte del jardín, este pasillo está terminado por la puerta vidriera de la escalinata exterior, que da acceso á un césped, en cuyo centro se eleva un pedestal que soporta el busto en yeso de Espartaco pintado de color bronce. Detrás de la cocina, el maestro de obras ha instalado, debajo de la caja de la escalera, una alacena, de la cual no se nos dió cuenta. Esta escalera, pintada de color mármol jaspeado, consiste en una barandilla acanalada que da vueltas sobre sí misma, como aquellas que en los cafés conducen del piso bajo al entresuelo. Esta baratija de madera de nogal, de peligrosa resistencia y con balaustres adornados de cobre, nos ha sido presentada como una de las siete maravillas del mundo. La puerta de las bodegas está debajo. Al otro lado del pasillo, dando á la calle, se encuentra el comedor, que se comunica, mediante una puerta de dos hojas, con un salón de iguales dimensiones que él y cuyas ventanas tienen vistas al jardín.

—¿De modo que no hay antesala?—dijo la señora Auffray.

—La antesala es, sin duda, aquel largo pasillo donde hay una corriente que mata—respondió la señora Tiphaine.—«Hemos tenido el pensamiento eminentemente nacional, liberal, constitucional y patriótico de no emplear más que maderas francesas—repuso Silvia.» De suerte que en el comedor el piso es de madera de nogal. El armario del comedor, la mesa y las sillas son también de nogal. En los balcones se ven unas cortinas de indiana blanca con ribetes rojos, suspendidas por medio de vulgares abrazaderas rojas y de alzapaños exagerados, con rosetones de relieve, de color dorado mate, y cuyos pomos resaltan sobre un fondo rojizo. Estas magníficas cortinas corren sobre unas varillas terminadas en forma de extravagantes hojas de palmera. Sobre uno de los armarios del comedor se ve un reloj de café suspendido de una especie

29710

de servilleta de bronce dorado, uno de esos caprichos que agradan extraordinariamente á los Rogrón. Quisieron hacer admirar aquel objeto, y lo mejor que se me ocurrió fué decirles que si en algún sitio podía ponerse una servilleta en torno de un reloj, era indudablemente en un comedor. Sobre este mismo armario hay, además, dos grandes quinqués semejantes á los que adornan el mostrador de las fondas célebres. Sobre el otro armario se ve un barómetro excesivamente adornado que parece desempeñar un gran papel en su existencia, pues Rogrón lo mira como si mirase á su pretendida. Entre las dos ventanas, el maestro de obras ha colocado una estufa de porcelana blanca. En las paredes brilla un magnífico papel rojo y oro, como el que se encuentra en las fondas, que, sin duda, sirvieron á Rogrón de modelo. La comida nos ha sido servida en vajilla de porcelana blanca y oro; pero han abierto uno de los armarios y nos han dejado ver otro servicio de barro blanco para diario. Enfrente de cada uno de los armarios del comedor se ven sendas cómodas que contienen ropa. Todos estos muebles están barnizados, limpios, nuevos y llenos de brillo. Aun pasaría por este comedor, pues tiene su carácter, y, por desagradable que sea, describe á las mil maravillas el de los dueños de la casa; pero no hay medio de transigir con aquellos cinco grabados negros, contra los que debía dictar una ley el ministro de la Gobernación, y que representan á Poniatowski saltando el Elster, la defensa de la barrera de Clichy, Napoleón disparando en persona un cañón, y los dos Mazeppa, todos provistos de marcos dorados cuyo vulgar modelo conviene á esos grabados, capaces de hacer tomar odio á las bellas artes. ¡Oh! ¡cuánto más me gustan los pasteles de la señora Juillard, que representan frutas, esos excelentes pasteles hechos en tiempo de Luis XV y que están en armonía con aquel comedor antiguo, pero que posee el carácter de la provincia y que encierra los antiguos cubiertos de plata de la familia, la porcelana antigua y nuestras costumbres! La provincia es la provincia, y se hace ridícula cuando quiere imitar á París. Acaso me dirán ustedes qué entiendo yo

de esto; pero aunque no entienda nada, prefiero este antiguo salón que ven ustedes aquí del señor Tiphaine padre, con sus grandes cortinas de seda verde y blanca, con su chimenea Luis XV, con sus tremós contorneados, con sus espejos antiguos y sus tablas de juego, que todos los esplendores de su salón.

—¿Cómo es el salón de los Rogrón?—preguntó el señor Martener satisfecho del elogio que tan tristemente acababa de hacer la parisiense de la provincia.

—Respecto al salón, sepa que es de un hermoso color rojo, del rojo que adquiere la señorita Silvia cuando ha perdido veinte céntimos al juego.

—Sí, vamos, del rojo Silvia,—dijo el presidente, cuyo dicho quedó admitido en el vocabulario de Provins.

—¿Las cortinas de las ventanas?... ¡rojas! ¿los muebles?... ¡rojos! ¿la chimenea?... ¡de mármol rojo! ¿los candelabros y el reloj?... ¡de mármol rojo también, montados en bronce de un dibujo común y feo: bases romanas sostenidas por ramas en forma de hojas griegas! De lo alto del reloj se ven ustedes contemplados á la manera de los Rogrón, es decir, con aire estúpido, por ese gran león llamado león de adorno y que desacreditará durante mucho tiempo á los verdaderos leones. Este león da vueltas con una de sus patas á una gran bola, detalle de las costumbres del león de adorno, que se pasa la vida soportando una gran bola negra, enteramente lo mismo que un diputado de la izquierda. ¡Quién sabe no sea esto un mito constitucional! El espejo de la chimenea ofrece ese marco de pasta de un efecto mezquino y vulgar, aunque nuevo. Pero donde brilla el gehio del tapicero es en los pliegues deslumbrantes de una cortina roja que parten de un alzapañón colocado enfrente de la chimenea, poema romántico compuesto expresamente para los Rogrón, que se extasían enseñándolo. Del centro del techo pende una araña cuidadosamente envuelta en un sudario de percalina verde, araña que es de muy mal gusto y con detestables adornos. Debajo de ésta, una mesa redonda de té soporta una bandeja de metal donde relucen tazas de porcelana pintada,

¡y qué pinturas! agrupadas en torno de un azucarero de cristal tallado tan arrogantemente, que nuestros nietos abrirán los ojos de asombro admirando los círculos de cobre dorado que lo rodean, y las tenacillas para coger el azúcar, de las cuales es probable que no lleguen nunca a servirse. Este salón está cubierto de un papel rojo que parece terciopelo y que forma testers mediante unas varillas de cobre unidas á las cuatro esquinas por enormes hojas de palmera. Cada testerero está adornado de una litocromía provista de marco imitación de nuestras hermosas esculturas de madera. El mobiliario, de casimir y de raulo de olmo, se compone de dos canapés, dos poltronas, seis sofás y seis sillas. La consola está embellecida con un florero de alabastro, titulado de Médicis, y de una célebre librería, de la cual ha dicho la señorita Silvia *que no existe otra igual en Provins*. Cada alféizar de las ventanas, donde penden magníficas cortinas de seda roja, contiene una mesa de jugar. La alfombra es de Aubusson, y los Rogrón no dejaron tampoco en esto de echar mano de ese fondo rojo con grandes rosas, que es el más vulgar de los dibujos comunes. Este salón parece estar deshabitado: no se ven allí libros, ni grabados, ni esos objetos insignificantes que adornan las mesas—dijo la señora Tiphaine señalando su mesa cargada de objetos de moda, de álbums y de otras mil curiosidades que le habían regalado.—No se ven allí ni flores ni ninguna de esas menudencias que se renuevan. Aquello es seco y frío como la señorita Silvia. Buffón tuvo razón al decir que el estilo es el hombre, y no ofrece duda alguna que también los salones tienen su estilo.

La hermosa señora Tiphaine continuó su descripción epigramática, y por lo que ella dijo, cualquiera puede imaginarse lo que era la habitación que los dos hermanos ocupaban en el primer piso; pero nadie podría concebir los estúpidos adornos á que el ocurrente maestro de obras arrastró á los Rogrón: las molduras de las puertas, las contraventanas modeladas, los trabajos de adorno en las cornisas, las bonitas pinturas, las manos de cobre

dorado, las campanillas, los interiores de chimenea de sistema fumívoro, las invenciones para evitar la humedad, los cuadros de marquetería figurados por la pintura en la escalera, la cristalería, la cerrajería superfiná, en una palabra, todas esas menudencias que encarecen una construcción y que agradan á los plebeyos habían sido prodigadas con exceso.

Nadie quiso ir á las veladas de los Rogrón, cuyas pretensiones abortaron. Las razones para negarse no faltaban. Todos los días estaban tomados por las señoras Garceland, Galardón, Julliard y Tiphaine, el subprefecto, etc. Para formarse una sociedad, los Rogrón creyeron que bastarían las comidas, á las cuales sólo asistieron jóvenes bastante burlones, resultando aquellas comidas lo que resultan las del mundo entero; pero las personas graves dejaron de acudir. Asustada por la pérdida tonta de cuarenta mil francos invertidos sin provecho en la casa que ella denominaba su querida casa, Silvia quiso recuperar aquella suma mediante economías, y, al efecto, renunció á aquellos banquetes que costaban de treinta á cuarenta francos, sin los vinos, y que no realizaban su esperanza de tener una sociedad, creación esta tan difícil en provincias como en París. Silvia despidió, pues, á su cocinera y tomó á una moza del campo para hacer las labores de la casa, encargándose ella de la cocina *para hacer mejor su gusto*.

Catorce meses después de su llegada, el hermano y la hermana quedaron reducidos á una vida solitaria y ociosa. Su destierro del mundo había engendrado en el corazón de Silvia un odio atroz contra los Tiphaine, los Julliard, los Auffray, los Garceland, en una palabra, contra la sociedad de Provins, á la que ella llamaba la *pandilla*, y con la que sus relaciones llegaron á ser excesivamente frías. Mucho hubiera deseado ella poder oponerles una segunda sociedad; pero la burguesía inferior estaba compuesta por completo de pequeños comerciantes que sólo podían disponer de los domingos y de los días festivos, ó de gentes desacreditadas, como el abogado Vinet y el médico Neraud, ó de bonapartistas inadmisibles, como el coronel

barón Gouraud; gentes todas con las que Rogrón se trató torpemente y contra las que la elevada burguesía intentó en vano ponerle en guardia. El hermano y la hermana se vieron, pues, obligados á permanecer en el rincón del fuego de la estufa ó en el comedor, recordando sus negocios, las caras de sus parroquianos y otras cosas por el estilo. El segundo invierno no transcurrió sin que el aburrimiento pesase sobre ellos de una manera espantosa, hasta el punto de no saber en qué emplear las horas del día y de decirse más de una vez al acostarse: «¡Un día menos!» Empleaban la mañana en permanecer en la cama, en levantarse y en vestirse muy despacio. Rogrón se hacía él mismo la barba todos los días, se examinaba la cara, hablaba con su hermana de los cambios que creía observar en ella, tenía discusiones con la criada acerca de la temperatura de su agua caliente, se iba al jardín, miraba si las flores habían brotado, aproximábase á orillas del río, donde había hecho contruir un kiosco, observaba las puertas y paredes de su casa para ver si alabeaban, si se hendían ó si las pinturas se sostenían; y volvía á hablar á su hermana, que se hacía la atareada poniendo la mesa y riñendo á la criada, de sus temores acerca de una gallina enferma ó de algún lugar de la casa en que la humedad dejaba manchas. El barómetro era el mueble más útil para Rogrón: lo consultaba sin causa, lo golpeaba familiarmente como á un amigo, y después decía: «¡Mal tiempo!» A lo cual le respondía su hermana: «¿Qué quieres? hace el tiempo de la estación». Si alguien iba á ver á Rogrón, éste alababa la excelencia de aquel instrumento. En el almuerzo invertían bastante tiempo. ¡Con qué lentitud masticaban aquellos dos seres cada bocado! Su digestión era perfecta y no había temor de cáncer en el estómago. Mediante la lectura de *La Colmena* y del *Constitucional* llegaban á las doce del día. El abono al periódico parisiense era pagado por partes iguales entre Rogrón, el abogado Vinet y el coronel Gouraud. Rogrón iba en persona á llevarle los periódicos al coronel, que vivía en la plaza, en la casa del señor Martener, y cuyos grandes relatos le

causaban gran satisfacción, tanta, que se preguntaba en qué podría ser peligroso el coronel, y cometió la torpeza de hablarle del ostracismo pronunciado contra él y de contarle las cosas que la *pandilla* decía de su persona. Sólo Dios sabe cómo se despachó el coronel, tan temible á pistola como á espada y que no temía á nadie, contra la Tiphaine y su Julliard, contra los ministeriales de la villa alta, gentes vendidas al extranjero, capaces de todo por obtener un destino, que leían á su gusto en las elecciones los nombres de las papeletas, etc. A eso de las dos, Rogrón daba un pequeño paseo, y se consideraba muy feliz cuando al pasar por delante de la puerta de un tendero, éste le preguntaba: «¿Cómo va, papá Rogrón?» en cuyo caso hablaba y pedía noticias de la villa y escuchaba y comentaba los chismes y cuentos de Provins. Según el tiempo, subía á la villa alta ó se paseaba por los pedregosos caminos de las afueras. A veces encontraba á algunos ancianos que iban de paseo como él, y éstos encuentros constituían siempre para él felices acontecimientos. Había en Provins gentes desengañadas de la vida parisiense y sabios modestos que vivían con sus libros. Juzgad la actitud de Rogrón escuchando á un juez suplente, llamado Desfondrilles, más arqueólogo que magistrado, diciendo al hombre instruído, al anciano Martener padre, al mismo tiempo que le mostraba el valle:

—¿Quiere usted decirme por qué los ociosos de Europa van á Spa en lugar de venir á Provins teniendo las aguas de Provins una superioridad reconocida por la medicina francesa y poseyendo una acción y una marcialidad dignas de las propiedades médicas de nuestras rosas?

—¿Qué quiere usted?—replicaba el hombre instruído— es uno de esos caprichos del capricho, inexplicables como él. El vino de Burdeos era desconocido hace cien años: el mariscal Richelieu, una de las mayores figuras del siglo pasado, el Alcibíades francés, fué nombrado gobernador de la Guyana, y como tuviese el pecho enfermo, el vino del país le curó y restableció por completo. Burdeos adquiere entonces cien millones de renta, y el mariscal ex-

tiende el territorio de Burdeos hasta Angulema, hasta Cahors, en fin, hasta cuarenta leguas á la redonda. ¿Quién sabe dónde terminan los viñedos de Burdeos? ¡Y decir que el mariscal no tiene una estatua ecuestre en Burdeos!

—¡Ah! si ocurre un acontecimiento de ese género en Provins, yo espero que un siglo ú otro se verá aquí, ya en la plaza de la villa baja, ya en el castillo, ó ya en la villa alta, algún bajo relieve en mármol blanco representando el busto del señor Opoix, restaurador de las aguas minerales de Provins.

—Amigo mío, la rehabilitación de Provins es casi imposible—decía el señor Martener.—Esta villa hizo quiebra.

Al oír estas palabras, Rogrón abrió asombrado los ojos y exclamaba:

—¿Cómo?

—En otro tiempo, en el siglo XII, cuando los condes de Champaña tenían aquí su corte, como el rey Renato tenía la suya en Provenza, fué esta una capital que luchaba victoriosamente con París—respondía el hombre instruido.—En aquel tiempo, la civilización, la poesía, la alegría, la elegancia, las mujeres, en fin, todos los esplendores sociales, no estaban exclusivamente en París; pero las villas se levantan tan difícilmente como las casas de comercio arruinadas, y en Provins ya no nos queda más que el perfume de nuestra gloria histórica, de nuestras rosas y una subprefectura.

—¡Ah! ¿qué sería Francia si conservase todas sus capitales feudales?—decía Desfondrilles.—¿Pueden los subprefectos reemplazar á la raza galante, poética y guerrera de los Thibault, que habían hecho de Provins lo que Ferrara era en Italia, lo que fué Weymar en Alemania y lo que desearía ser hoy Munich?

—¿De modo que Provins ha sido capital?—exclamaba Rogrón.

—Pero ¿de dónde sale usted, hombre?—respondía el arqueólogo Desfondrilles.

El juez suplente golpeaba entonces con su bastón el suelo de la villa alta y exclamaba:

—Pero ¿no sabe usted que toda esta parte de Provins está construída sobre criptas?

—¡Criptas!

—Sí, hombre, criptas de una altura y de una extensión inexplicables. Criptas como naves de templo, con enormes pilares.

—El señor hace ahora una obra arqueológica en la cual piensa explicar estas singulares construcciones—decía el anciano Martener al ver al juez dispuesto á hablar de su tema favorito.

Rogrón volvía á su casa encantado de saber que su casa estaba construída en el valle. Las criptas de Provins emplearon cinco ó seis días en exploraciones y dieron materia durante algún tiempo á las conversaciones de los dos solterones. Rogrón aprendía siempre algo nuevo acerca del antiguo Provins, de las alianzas de las familias y de antiguas noticias políticas que volvía á repetir á su hermana. De esta suerte se concebía que preguntase cien veces durante su paseo y en ocasiones varias á una misma persona: «¿Qué se dice? ¿qué ocurre de nuevo?». De vuelta á su casa, se arrojaba sobre un canapé como hombre reventado de cansancio, pero fastidiado únicamente de su propio peso, y esperaba la hora de la comida yendo veinte veces del salón á la cocina, mirando cien el reloj y abriendo y cerrando las puertas. Mientras que el hermano y la hermana acudieron á las veladas de la villa, pudieron matar el tiempo que mediaba entre la comida y la hora de acostarse; pero cuando quedaron reducidos á la soledad, cada velada fué para ellos el tránsito de un desierto. A veces, las personas que volvían á sus casas después de haber pasado la velada en alguna reunión, al pasar por la plaza, oían gritos en casa de los Rogrón como si el hermano asesinase á la hermana, acabando por reconocer los horribles bostezos de un mercero sumido en el mayor aburrimiento. Aquellas dos máquinas no tenían nada que moler entre sus oxidadas ruedas, y chillaban. Como último recurso, el hermano habló de casarse; pero el hombre se sentía envejecido y fatigado, y una mujer le

asustaba. Silvia, que comprendió la necesidad de tener á una tercera persona en casa, se acordó entonces de su pobre prima por la cual nadie les había preguntado en Provins, creyéndola, sin duda, muerta como su madre. Silvia Rogrón no perdía nunca nada (¡era demasiado solterona para que se le extraviase la cosa más insignificante!), y, á fin de hablar naturalmente de Petrilla á su hermano, que se consideró casi feliz con la posibilidad de tener á una niña en casa, fingió encontrar casualmente la carta de los Lorrain. Silvia escribió medio comercialmente y medio afectuosamente á los ancianos Lorrain, atribuyendo la demora de la contestación á la liquidación de su comercio, á su traslado á Provins y á su establecimiento en su villa natal, y mostróse deseosa de tomar consigo á su prima, dando á entender que Petrilla llegaría á heredar algún día doce mil francos de renta si el señor Rogrón no se casaba. Sería necesario haber sido como Nabucodonosor, medio bestia salvaje encerrado en una jaula del jardín de plantas, sin más presa que la carne servida á diario por el guardián, ó tendero retirado sin dependiente á quien molestar continuamente, para comprender la impaciencia con que los dos hermanos esperaron á su prima Lorrain. Baste saber que tres días después de haber escrito la carta, los dos solterones se preguntaban ya cuándo llegaría su prima.

Silvia vió en su pretendida generosidad para con su prima pobre un medio de ganarse las simpatías de la sociedad de Provins, y, al efecto, fué á casa de la señora Tiphaine, que les había herido con su reprobación y que había querido crear en Provins una primera sociedad, como en Génova, á cacarear la llegada de su prima Petrilla, la hija del coronel Lorrain, y á deplorar sus desgracias, presentándose como mujer que se consideraba feliz pudiendo ofrecer al mundo una hermosa y joven heredera.

—¡Qué tarde la han encontrado ustedes!—le dijo irónicamente la señora Tiphaine, que ocupaba, cual un trono, un sofá situado al rincón del fuego.

Mediante algunas palabras dichas en voz baja, mientras que se daban cartas, la señora Garceland recordó la historia de la herencia del anciano Auffray, y el notario explicó las iniquidades del posadero.

—Y ¿dónde está esa pobre niña?—preguntó cortésmente el presidente.

—En Bretaña—dijo Rogron.

—¡Oh! pero Bretaña es muy grande—advirtió el fiscal señor Lesourd.

—Sus abuelos, los Lorrain, nos escribieron... ¿Cuándo, Silvia?—preguntó Rogron.

Silvia, ocupada en preguntar á la señora Garceland dónde había comprado la tela de su vestido, no previó el efecto de su respuesta, y dijo:

—Antes del traspaso de nuestra tienda.

—¿Y les respondieron ustedes hace tres días, señorita?—exclamó el notario.

Silvia se puso roja como la grana.

—Hemos escrito al convento de San Jacobo—repuso Rogron.

—Sí, existe allí, en efecto, una especie de hospicio para los ancianos—dijo un magistrado que había sido juez suplente en Nantes.—Pero la niña no puede estar allí, porque no se recibe más que á gente sexagenaria.

—No, ella está con su abuela Lorrain—dijo Rogrón.

—Pero esa niña tenía una pequeña fortuna, los ocho mil francos que su padre de usted... no, quiero decir que su abuelo le había dejado—dijo el notario que se había equivocado expresamente.

—¡Ah! exclamó Rogrón con aire necio sin comprender el epigrama.

—¿De modo que no conoce usted la fortuna ni la situación de su prima carnal?—preguntó el presidente.

—Si el señor la hubiese conocido, no la dejaría en una casa que no es más que un hospital decente—dijo severamente el magistrado.—Ahora me acuerdo de haber visto vender en Nantes, por expropiación, una casa que pertenecía á los señores Lorrain, y la señorita Lorrain perdió

su crédito, cosa que recuerdo porque pasó la venta por mis manos.

El notario habló del coronel Lorrain, el cual, si viviese, no se asombraría poco viendo á su hija en un establecimiento como el de San Jacobo. Los Rogrón hicieron entonces su retirada, diciéndose que el mundo era muy malo. Silvia comprendió el poco éxito que la noticia había tenido, se vió ya perdida en el concepto de aquellas gentes y se convenció de que le estaba prohibido frecuentar en lo sucesivo la alta sociedad de Provins. A contar de este día, los Rogrón no ocultaron su odio contra las grandes familias burguesas de Provins y sus acólitos. El hermano enseñó entonces á la hermana todas las canciones liberales que el coronel Gouraud y el abogado Vinet le habían cantado de los Tiphaine, los Guenéé, los Garceland, los Guepin y los Julliard.

—Oye, Silvia, yo no comprendo como la señora Tiphanie reniega del comercio de la calle de Saint-Dinis, siendo ella salida de allí. La señora Roguin, su madre, es prima de los Guillaume del *Gato que pelotea*, los cuales cedieron su tienda á José Lebas, su yerno. Su padre es aquel notario, aquel Roguin que faltó á sus compromisos en 1819 y arruinó á la casa Birotteau: de suerte que la fortuna de los Tiphanie es robada; porque ¿cuál es la mujer de un notario que retira sus bienes y permite que su marido haga una quiebra fraudulenta? ¡Vaya una honra! Además, casó á su hija en Provins á causa de sus relaciones con el banquero Tillet. ¡Y esa gente se muestra orgullosa! ¡Vaya, vaya!... En fin, así es el mundo.

El día en que Dionisio Rogrón y su hermana Silvia empezaron á trinar contra la pandilla, se convirtieron, sin saberlo, en personajes y se pusieron en camino de tener una sociedad: su salón iba á convertirse en el centro de intereses que buscaban un teatro común. Con este acto, el ex mercero tomó proporciones históricas y políticas, pues dió, sin saberlo, fuerza y unidad á los elementos del partido liberal de Provins, que habían estado desparados hasta entonces. He aquí cómo: Los estrenos de los

Rogrón en Provins fueron curiosamente observados por el coronel Gouraud y por el abogado Vinet, que se mantenían unidos á causa de su propio aislamiento. Estos dos hombres profesaban el mismo patriotismo por las mismas razones: ambos querían llegar á ser personajes; pero si estaban dispuestos á hacerse jefes, carecían, en cambio, de soldados. Los liberales de Provins se componían de un veterano que se había hecho cafetero, de un posadero, del señor Cournant, notario y competidor del señor Auffray, del médico Neraud, antagonista del señor Martener, de algunas gentes independientes y de cortijeros desparados por el distrito que eran dueños de bienes nacionales. El coronel y el abogado, felices de poder atraerse á un imbécil cuya fortuna podía ayudar á sus manejos, que secundaría sus planes y cuya casa serviría de punto de reunión al partido, se aprovecharon de la enemistad de los Rogrón contra los aristócratas de la villa. El coronel, el abogado y Rogron estaban unidos por el lazo de un abono común al *Constitucional*, y á Gouraud no había de serle difícil hacer de Rogrón un liberal, á pesar de que éste no entendiese una palabra de política. La próxima llegada de Petrilla anticipó la práctica de los pensamientos inspirados por la ignorancia y estupidez de los dos solterones. Viendo perdida para Silvia toda probabilidad de casamiento en la sociedad de Tiphanie, el coronel concibió un proyecto oculto. Los veteranos han contemplado tantos horrores en tantos países y tantos cadáveres haciendo muecas en tantos campos de batalla, que no se asustan de ninguna cara, y Gouraud acarició la idea de poseer la fortuna de la solterona. Este coronel, hombre pequeño y gordo, llevaba enormes pendientes en las orejas, sin embargo de estar éstas adornadas de enorme mechón de pelo. Sus patillas ralas y grises recibieron el nombre de *aletas* en 1799. Su rojiza y redonda cara estaba un poco curtida, como la de todos los escapados del Beresina. Su gran vientre puntiagudo formaba en su parte inferior ese ángulo recto que caracteriza al antiguo oficial de caballería. Gouraud había mandado el 2.º de húsares. Sus bigotes grises ocultaban

una enorme boca de espuerta, si se me permite emplear esta palabra, única que puede describir aquel abismo que no había comido, sino devorado. Un sablazo le había roto la nariz, con lo cual su voz se había vuelto sorda y gangosa, como la atribuida á los capuchinos. Sus manitas, cortas y anchas, eran precisamente de esa clase que hace decir á las mujeres: «Es usted un malísimo sujeto». Sus piernas parecían flacas bajo su grueso cuerpo, dentro del cual se agitaba un espíritu desenvuelto, la más completa experiencia de las cosas de la vida, oculta bajo la aparente indiferencia de los militares, y un desprecio completo por las conveniencias sociales. El coronel Gouraud tenía la cruz de Oficial de la Legión de honor y dos mil cuatrocientos francos de retiro, lo cual le formaba un sueldo de mil escudos anuales.

El abogado, alto y delgado, tenía sus opiniones liberales por todo talento, y los escasos productos de su bufete por toda renta. En Provins los procuradores defienden por sí mismos sus causas. Por otra parte, á causa de sus opiniones, el abogado Vinet era escuchado poco favorablemente por el tribunal; de suerte que los aldeanos más liberales, en caso de pleitos, preferían ponerlos en manos de cualquier procurador que contase con la confianza del tribunal, que no en las del abogado Vinet. Además, según se decía, este hombre había sobornado en los alrededores de Coulommiers á una joven rica, y había obligado á sus padres á dársela. Su mujer pertenecía á los Chargebœuf, antigua y noble familia de Brie, cuyo nombre proviene de la hazaña llevada á cabo por un escudero en la expedición de san Luis á Egipto. La señora Vinet había incurrido por este motivo en el castigo de sus padres, que hicieran los posibles para dejar toda su fortuna á su hijo mayor, si bien con el encargo de dar una parte de ella á los hijos de su hermana; de modo que la primera tentativa ambiciosa de aquel hombre había fallado. Sumido al poco tiempo en la miseria, y avergonzado de no poder proporcionar á su mujer el lujo que le correspondía, el abogado hizo vanos esfuerzos para entrar en la judicatura; pero la rama rica de

la familia Chargebœuf se negó á apoyarle. Como gente intransigente, aquellos realistas desaprobaban un matrimonio forzado, y, por otra parte, su pretendido pariente se llamaba Vinet; ¿cómo apoyar á un plebeyo? El abogado fué, pues, enviado de uno en otro pariente de su mujer cuando pretendió servirse de ellos. La señora Vinet sólo encontró interés y cariño en una Chargebœuf, pobre viuda que vivía en Troyes en compañía de una hija; de suerte que Vinet se acordó un día de la acogida hecha por esta Chargebœuf á su mujer. Rechazado por el mundo entero, lleno de odio contra la familia de su mujer, contra el gobierno que le negaba un destino y contra la sociedad de Provins que no quería admitirle, Vinet aceptó su miseria. Su hiel creció y le dió energía para resistir; se hizo liberal comprendiendo que su fortuna estaba unida al triunfo de la oposición, y vegetó en una mala casucha de la villa alta, de donde su mujer salía rara vez. Esta joven, destinada á mejor suerte, permanecía absolutamente sola en su casa con un hijo. Existen miserias noblemente aceptadas y alegremente soportadas; pero Vinet, lleno de ambición y sintiéndose culpable para con una joven seducida, ocultaba una rabia sombría: su conciencia se ensanchó y admitió todos los medios para lograr el triunfo. Su fresca cara se alteró. Algunas personas llegaron á veces á asombrarse en la audiencia al ver su cara viperina, de cabeza trivial, de boca hendida y de ojos que relucían á través de sus antiparras, y al oír su vocecita agria y estridente que atacaba los nervios. Su tez morena, llena de tonos enfermizos, amarillos y verdes á intervalos, anunciaba su ambición oculta, sus continuos engaños y sus escondidas miserias. El abogado sabía pleitear y hablar, no carecía de ingenio ni de imágenes y era instruido y astuto. Acostumbrado á concebirlo todo, gracias á su deseo de salir triunfante, podía llegar á ser un gran político. Un hombre que no recula ante nada con tal que sea legal, posee una gran fuerza, y la fuerza de Vinet provenía de aquí. Este futuro atleta de los debates parlamentarios, uno de los que habían de proclamar el reinado de la casa de Orleans, ejerció una

influencia horrible en la suerte de Petrilla. Por el momento quería procurarse un arma fundando un periódico en Provins. Después de haber estudiado de lejos, con la ayuda del coronel, á los dos solterones, el abogado había acabado por contar con Rogrón. Y esta vez no se engañaba, y su miseria debía cesar después de siete años dolorosos durante los que había faltado el pan más de una vez en su casa. El día en que Gouraud anunció á Vinet, en la plazoleta, que los Rogrón rompían con la aristocracia burguesa y ministerial de la villa alta, el abogado le dió un significativo codazo en el costado, diciéndole:

—Una mujer ú otra, hermosa ó fea, debe serle á usted indiferente; usted debe casarse con la señorita Rogrón, y de este modo podríamos organizar aquí algo.

—Ya pensaba en ello; pero es el caso que ahora han llamado á su heredera, la hija del pobre coronel Lorrain—dijo el coronel.

—Puede usted hacer que le leguen su fortuna mediante testamento. ¡Ahl sería un gran negocio y tendría una casa magnífica.

—Además, esa pequeña... Pero, en fin, ya veremos—dijo el coronel con aire socorrón y profundamente malvado que demostraba á un hombre del temple de Vinet la poca importancia que tenía una joven á los ojos de aquel militarote.

Desde la entrada de sus abuelos en la especie de hospicio donde acababan tristemente sus días, Petrilla, joven y orgullosa, sufría tan horriblemente viviendo allí de caridad, que se sintió feliz al tener noticia de unos parientes ricos. Al saber su partida, Brigaut, el hijo del mayor, el compañero de su infancia, que era aprendiz carpintero en Nantes, se fué á ofrecerle la suma necesaria para su viaje en coche, sesenta francos, todo el tesoro de sus propinas de aprendiz penosamente amontonadas, tesoro que fué aceptado por Petrilla con la sublime indiferencia de las amistades verdaderas, indiferencia que reveló que en caso semejante ella se hubiese ofendido si le hubiesen dado las gracias. Brigaut había acudido todos los domingos á San

Jacobo para jugar allí con Petrilla y consolarla. El vigoroso obrero había hecho ya el delicioso aprendizaje de la protección entera y abnegada que se debe al objeto de nuestros afectos involuntariamente escogido. Más de una vez, Petrilla y él, los domingos, sentados en un rincón del jardín, habían formado sus proyectos infantiles para el porvenir: el aprendiz carpintero, montado en su garlopa, corría el mundo en busca de fortuna para Petrilla que le esperaba. Hacia el mes de octubre del año 1824, época en que Petrilla cumplía su undécimo año, ésta fué, pues, confiada por los ancianos y el joven obrero al conductor de la diligencia de Nantes á París, con encargo de que la metiese en París en la diligencia de Provins y de que velase bien por ella. ¡Pobre Brigaut! corrió como un perro detrás de la diligencia mirando á su Petrilla hasta que no pudo más. A pesar de las indicaciones de la pequeña bretona, el obrero acompañó á la diligencia hasta una legua fuera de la villa, y, cuando el cansancio le rindió, sus ojos, humedecidos por el llanto, dirigieron una última mirada á Petrilla, la cual lloró también al perder de vista al amigo de su infancia. Después, llena de ansia, sacó la cabeza por la portezuela y vió á su amigo que, plantado sobre sus piernas, contemplaba alejarse el pesado coche. Los Lorrain y Brigaut eran tan poco conocedores de la vida, que la pequeña bretona se encontró sin un céntimo al llegar á París. El conductor, á quien la niña hablaba de unos parientes ricos, pagó por ella el gasto de la fonda en París y exigió después los gastos al conductor del coche de Troyes, encargándole que entregase á Petrilla á su familia, exigiendo á su vez allí el pago total de gastos, enteramente lo mismo que si fuese una mercancía. Cuatro días después de su partida de Nantes, á eso de las nueve, un lunes, un anciano conductor de la diligencia correo tomó á Petrilla por la mano, y, mientras se apeaban los viajeros destinados á Provins, la llevó, sin más equipaje que dos trajes, dos pares de medias y dos camisas, á casa de la señorita Rogrón, cuya vivienda le fué indicada por el jefe de la administración.

—Buenos días, señorita y compañía,—dijo el conductor,—le traigo á usted una prima que es, á decir verdad, muy linda. Tiene usted que darme cuarenta y siete francos. Aunque la pequeña no viene muy equipada, hágame el favor de firmarme el recibo de la entrega.

La señorita Silvia y su hermano se entregaron á su alegría y asombro.

—Dispensen ustedes, pero el coche me espera, y les ruego que me firmen la hoja y que me den cuarenta y siete francos y sesenta céntimos... y lo que quieran para el conductor de Nantes y para mí, que hemos cuidado de la pequeña como si fuera hija nuestra. Hemos tenido que anticiparle el importe de la cama, de la comida, del asiento para Provins y algunas otras cosas.

—¡Cuarenta y siete francos y sesenta céntimos!—dijo Silvia.

—¿Quiere usted acaso regatear?—exclamó el conductor.

—Pero ¿y la factura?—dijo Rogrón.

—¿La factura? vea usted la hoja.

—Echa la cuenta y paga,—dijo Silvia á su hermano.—

¿No ves que tiene prisa ese hombre?

Rogrón fué á buscar los cuarenta y siete francos y sesenta céntimos.

—Y ¿no hay nada para mi compañero y para mí?—dijo el conductor.

Silvia sacó dos francos de las profundidades de su vieja baja de terciopelo, donde sonaban las llaves.

—Gracias, guárdelos usted,—dijo el conductor.—Preferimos haber cuidado de la niña por ella misma.

Y tomando su hoja, salió diciendo á la criada:

—¡Vaya una casa! ¡Al parecer, no sólo en Egipto hay cocodrilos!

—¿Qué gente más grosera!—dijo Silvia al oír este dicho.

—¡Diantre! ¡si han cuidado de la pequeña!—respondió Adela poniendo los brazos en jarra.

—¿Qué importa que diga lo que quiera? Después de todo, no volveremos á verlo en toda nuestra vida,—dijo Rogrón.

—¿Dónde la acostarán ustedes?—dijo la criada.

Tal fué la llegada y la recepción de Petrilla Lorrain á casa de sus primos, que la miraban con aire asombrado, y en cuya casa fué arrojada como un bulto, sin ninguna transición entre el deplorable cuarto en que vivía en San Jacobo, al lado de sus abuelos, y el comedor de sus primos, que le pareció el de un palacio. La pobre niña estaba allí cohibida y avergonzada. Para otros que no fuesen los ex merceros, la pequeña bretona hubiera estado adorable con su falda de toско paño azul, con su mandil de percalina color rosa, sus gruesos zapatos, sus medias azules, su pañoleta blanca y sus manos rojas envueltas en mitones de lana roja, bordados de blanco, que el conductor le había comprado. A decir verdad, su gorro bretón, que había sido lavado y planchado en París, formaba una especie de aureola á su alegre rostro. Este gorro nacional, de fina batista, guarnecido de encaje y formando grandes pliegues, es tan lindo y sencillo, que merecería una descripción. La luz, tamizada por la tela y el encaje, comunica á la tez una penumbra y una media obscuridad y le da esa gracia virginal que tanto buscan los pintores y que Leopoldo Robert supo encontrar para la cara rafaélica de la mujer que tiene un niño en brazos en el cuadro *Los Segadores*. Bajo este marco festoneado de luz brillaba una cara blanca y rosácea, sencilla y animada por la salud más vigorosa. El calor de la habitación hizo acudir á su cara la sangre, que comunicó su color de fuego á sus dos lindas orejas, á sus labios y á la delicada punta de la nariz.

—Vamos, ¿no nos dices nada?—dijo Silvia.—Yo soy tu prima Rogrón, y este tu primo.

—¿Quieres comer?—le preguntó Rogrón.

—¿Cuándo saliste de Nantes?—le dijo Silvia.

—Es muda—dijo Rogrón.

—¡Pobrecilla! ¡no viene muy provista!—exclamó la gruesa Adela abriendo el paquete hecho con un pañuelo por el anciano Lorrain.

—Vamos, abraza á tu primo—dijo Silvia.

Petrilla abrazó á Rogrón.

—Vaya, abraza á tu prima—dijo Rogrón.

Petrilla abrazó á Silvia.

—La pobre está aturdida por el viaje. Acaso tenga sueño—dijo Adela.

Petrilla sintió de pronto por sus dos parientes una viva repulsión, sentimiento este que aún no le había inspirado nunca nadie. Silvia y la criada fueron á acostar á la pequeña al cuarto del segundo piso donde Brigaut había visto la cortina de indiana blanca. Había allí una camita de hierro pintada de azul, con pabellón de indiana, una cómoda de nogal sin cubierta de mármol, una mesita de nogal, un espejo, una mala mesa de noche y tres malas sillas. Las paredes estaban cubiertas con un mal papel azul sembrado de flores negras. El piso, barrido y fregado, helaba los pies, y no había allí más alfombra que una pequeña estera. La chimenea, de mármol común, estaba adornada de un espejo, dos candeleros de cobre dorado y una vulgar copa de alabastro donde había dos palomas para figurar las asas, y que Silvia tenía en París en su habitación.

—¿Estarás bien aquí, hijita mía?—le dijo su prima.

—¡Oh! ¡qué hermoso es este cuarto!—dijo la niña con su argentina voz.

—¡Pobrecilla! no es difícil de contentar—murmuró la criada.—¿No hay que calentarle la cama?

—Sí—dijo Silvia,—pueden estar húmedas las sábanas.

Adela volvió á poco con un gorro de dormir, al mismo tiempo que traía el calentador, y Petrilla, que se había acostado hasta entonces en gruesa tela bretona, quedó sorprendida de la finura y suavidad de las sábanas de algodón. Cuando la pequeña estuvo instalada y acostada, Adela, al bajar, no pudo menos de exclamar:

—Señorita, su equipaje no vale ni tres francos.

Desde la adopción de su sistema económico, Silvia hacía permanecer en el comedor á su criada, á fin de no gastar más que una luz y un solo fuego. Pero cuando el coronel Gouraud y Vinet llegaban, Adela se retiraba á la cocina. La llegada de Petrilla animó el resto del día.

—Desde mañana mismo habrá que empezar á hacerle un ajuar, porque no tiene nada—dijo Silvia.

—No tiene más que los gruesos zapatos que pesan una libra—dijo Adela.

—En ese país son así—dijo Rogrón.

—Señorita, ¡cómo miraba el cuarto, á pesar de no ser tan bueno como corresponde á una prima de usted!

—Calle usted, que ya es bueno,—dijo Silvia;—¿no ha visto como lo miraba encantada?

—¡Dios mío! ¡qué camisas! ¡esto debe arañarle la piel! Me parece que nada de esto podrá aprovecharse—dijo Adela deshaciendo el paquete de ropa de Petrilla.

Amo, ama y criada estuvieron ocupados hasta las diez en decidir la clase de percal y el precio de las camisas, el número de pares de medias, la clase de ropas, la cantidad de faldas y sayas, y en calcular el precio del ajuar de Petrilla.

—Lo menos te costará todo trescientos francos—dijo á su hermana Rogrón, que retenía el precio de cada cosa é iba adicionándolo de memoria, según su antigua costumbre.

—¿Trescientos francos?—exclamó Silvia.

—Sí, trescientos; echa la cuenta.

El hermano y la hermana empezaron de nuevo, y calcularon trescientos francos sin las hechuras.

—¡Trescientos francos de un golpe!—dijo Silvia, acostándose con la idea ingeniosamente expresada por esta expresión casi proverbial.

Petrilla era una de esas hijas del amor, que el amor ha dotado con su ternura, su vivacidad, su alegría, su nobleza y su abnegación. Nada había alterado ni herido aún su corazón, dotado de una delicadeza casi salvaje, y la acogida de sus dos parientes se lo comprimió dolorosamente. Si Bretaña había estado para ella llena de miseria, en cambio había estado también llena de afecto. Si los ancianos Lorrain habían sido los comerciantes más torpes, en cambio eran los viejos más amantes, más francos y más cariñosos del mundo, como suelen serlo todas las gentes desinteresadas. En Pen-Hoel su nieta no había recibido más educación que la de la naturaleza. Petrilla

paseábase á su antojo en barca por los estanques, y corría por la aldea y por los campos en compañía de Antonio Brigaut, su compañero, enteramente lo mismo que Pablo y Virginia. Agasajados, acariciados ambos por todo el mundo y libres como el aire, disfrutaban de los mil gozos de la infancia: en verano iban á ver pescar, cazaban insectos, cogían ramilletes y plantaban flores; en invierno patinaban y fabricaban alegres palacios, muñecos ó bolas de nieve con las cuales se batían. Bienvenidos siempre, recogían en todas partes sonrisas. Cuando llegó el tiempo de aprender, empezaron los desastres. Sin recursos después de la muerte de su padre, Jacobo fué puesto por sus parientes de aprendiz en casa de un carpintero y alimentado por caridad, como lo fué más tarde Petrilla en San Jacobo. Pero hasta en aquel hospicio la linda Petrilla había sido mimada, protegida y acariciada por todo el mundo. Aquella pequeña, acostumbrada á tanto cariño, no encontraba en casa de aquellos parientes tan deseados, en casa de aquellos parientes tan ricos, aquel aire, aquellas palabras, aquellas miradas y aquellos modales que todo el mundo, sin exceptuar los extraños ni los conductores de la diligencia, tenían para ella. De suerte que su asombro, grande ya, aumentó con el cambio de atmósfera moral en que penetraba. El corazón, como el cuerpo, siente repentinamente frío ó calor. Sin saber por qué, la niña sintió deseos de llorar: estaba cansada y se durmió. Acostumbrada á levantarse temprano, como todas las niñas educadas en el campo, Petrilla se despertó al día siguiente dos horas antes que la cocinera, se vistió, pateó en su cuarto, situado encima del de su prima, miró la plazoleta, intentó bajar, quedó admirada de la belleza de la escalera, examinó sus detalles, sus cobres, sus adornos, sus pinturas, etc., y después bajó, no pudo abrir la puerta del jardín, volvió á subir, volvió á bajar cuando Adela estuvo despierta, y, penetrando en la huerta, tomó posesión de ella y llegó hasta el río, contempló admirada el kiosco, penetró en él, y tuvo para asombrarse y admirarse de cuanto veía hasta la hora en que se levantó su prima. Durante el almuerzo su prima le dijo:

—Hermosa mía, ¿eras tú la que trotabas al amanecer por la escalera y la que hacía aquel ruido? Me has despertado de tal modo, que no he podido reconciliar el sueño. Tendrás que ser más formal y juiciosa y divertirte sin hacer ruido. A tu primo no le gusta el barullo.

—Y has de tener cuidado también con los pies—le dijo Rogrón.—Has entrado con los zapatos sucios en el kiosco y has dejado marcados allí tus pasos. A tu prima le gusta la limpieza. Una muchacha grande como tú debe ser limpia. ¿Acaso no eras limpia en Bretaña? ¡Ah! pero si es verdad, ahora me acuerdo que cuando yo iba á comprar hilo allí, daba pena ver aquellos salvajes. Pero lo que es indudable, es que tiene buen apetito,—dijo Rogrón mirando á su hermana.—Cualquiera diría que no ha comido en tres días.

De esta suerte, desde el primer momento, Petrilla se sintió herida por las observaciones de sus primos, y herida sin saber por qué. Su recta y franca naturaleza, abandonada hasta entonces á sí misma, no conocía la reflexión. Incapaz de ver en qué pecaban su primo y su prima, la niña debía ser iluminada lentamente por los sufrimientos. Después de almorzar, sus primos, satisfechos del asombro de Petrilla y deseosos de gozar de él, le mostraron su hermoso salón para enseñarle á respetar sus suntuosidades. A causa de su aislamiento, é impulsados por esa necesidad moral de interesarse por algo, los solterones son propensos á reemplazar los afectos naturales por los afectos ficticios, y á poner su cariño en perros, gatos, canarios, su criado ó su director. De modo que Rogrón y Silvia habían llegado á sentir un amor immoderado por su mobiliario y por su casa, que tan caros les habían costado. Silvia había acabado por ayudar á Adela por las mañanas, so pretexto de que ésta no sabía limpiar los muebles, frotarlos y mantenerlos en buen estado. Esta limpieza no tardó en ser una ocupación para ella, y los muebles, lejos de perder su valor, ganaban. Servirse de ellos sin usarlos, sin mancharlos, sin rayarlos y sin que perdiesen el barniz: tal era el problema. Esta ocupación